

Sara Sefchovich

Vivir la vida



Así lo descubre Susana, una inocente muchacha de provincia que acude a la capital para contraer matrimonio con un joven guapísimo, pero que resulta poco dispuesto a satisfacer sus deseos. Ante el desinterés de su marido, ella se va de la ciudad. Este paso supondrá el comienzo de una manera distinta de caminar por la vida, libre de prejuicios. El acercamiento a las experiencias, al amor, al trabajo, será ahora despreocupado. Cada rumbo inesperado de los acontecimientos irá acompañado de optimismo, porque todo en la vida va y viene, y siempre es mejor adaptarse al momento que aferrarse a ideas, lugares y personas.

*A Sol, Rodrigo y Ian: gracias.
Gracias por los perros, por la música,
por la lógica. Y por el cariño.*

La autora piensa que el mundo fue creado para escribirlo en los libros. Por eso le pidió prestada una frase a su personaje y la usó como epígrafe:

Las palabras hacen visibles verdades evidentes.

Rosalba Goettingen

PRÓLOGO:
EN EL QUE SE ADVIERTE CÓMO
ES LA VIDA

Dice Fátima Mernissi: La vida es un juego. Considérala de ese modo y podrás reírte de todo el asunto.

Pero, dice Jordi Soler: ¿Cómo puede pasarse del bienestar al malestar con tanta facilidad?

CAPÍTULO UNO:
DE LO RELATIVO A EMPEZAR A VIVIR

Eran las nueve y media cuando llegamos a nuestra casa. La primera, la única vez en toda mi existencia, que a esa hora todavía no estaba en la cama, tomando mi vaso de leche y lista para dormir.

Estábamos agotados. Entre la misa, las fotografías, los abrazos, la comida, el zafarrancho y el viaje hasta la ciudad, el asunto había durado muchas horas. Así y todo, yo esperaba que Paco me cargara en brazos para cruzar el umbral, pero no lo hizo. Es más, ni siquiera me cedió el paso como decía la abuela que deben hacer los caballeros. Entró al departamento y se desplomó sobre la cama con un largo quejido.

Yo me fui derecho al baño para lavarme y perfumarme. Luego me senté en la orilla de la tina a esperar quién sabe qué, porque tenía miedo de salir. Me hubiera gustado que mi marido entrara a buscarme, para no tener que cruzar sola por esa puerta, pero no lo hizo.

Afuera no se oía ningún ruido. Poco a poco me armé de valor y abrí despacio. ¡Cuál no sería mi sorpresa al ver que mi flamante esposo estaba profundamente dormido, con todo y los zapatos puestos! ¡Y yo que no podía quitarme el vestido de novia porque me arriesgaba a la mala suerte eterna!

No me quedó más remedio que tenderme a su lado y acomodar lo mejor que pude el largo velo que se me enredaba por todas partes y la ancha falda que no me dejaba apoyarme a gusto. Y allí me estuve, quietecita porque no sabía qué hacer. En el día más esperado de mi vida, el hombre de mi vida se había olvidado de mí.

 Separador

Ay abuela, Paco no te gustó desde el principio. Dijiste: No te mira nunca, le da igual si te pones un vestido rosa o amarillo, si llevas el cabello suelto o recogido. Y dijiste: En lo único que se fija es que si el vino que sirvió tu padre es de esta cosecha o de aquel año, si las copas son de cristal alemán o francés, si los puros son importados o nacionales. Y dijiste: No es a ti a la que viene a visitar sino a tu padre y a tus hermanos, para jugar con ellos cartas o dominó. Con ellos conversa y ríe, tú ni le vas ni le vienes.

Pero yo no te hice caso. A mí me pareció guapísimo cuando Raúl lo trajo a casa la primera vez, el rastro de su loción duró toda la tarde flotando en el aire. Y me pareció maravilloso cuando vino a pedir mi mano, enfundado en su traje oscuro y su camisa blanquísima, el cabello negro perfectamente peinado y los zapatos más brillantes que había yo visto jamás.

Y no te hice caso cuando no cumplió con los detalles necesarios para un matrimonio con buenos auspicios: no me regaló un dije de media luna en nuestro primer y único aniversario de novios, para el día de la boda juntarlo con la otra mitad que mientras tanto él debía conservar, ni me invitó a cenar a la luz de las velas para pedirme que fuera su esposa y entregarme el anillo de compromiso con un diamante en forma de corazón para que el amor durara por siempre. Del aniversario ni se acordó y cuando quiso casarse conmigo, lo arregló con mi padre y nunca me llevó a ninguna parte ni me dio nada.

Tampoco compartí tu inquietud cuando lo del vestido. A ti y a la nana les dieron escalofríos cuando abrí aquella caja enorme mandada desde la capital y lo primero que saltó a la vista fue una mancha roja sobre la seda. Luego supimos que para darme una sorpresa, la dueña de la tienda había metido entre los pliegues de la falda una botella de vino que en el camino se quebró. Dijiste: Es un

mal presagio. Yo te pregunté: ¿De qué? Tú respondiste: No sé, pero seguro de algo malo. Yo preferí ignorarlo y conseguir una tela idéntica para mandar a hacer un vestido igual, nada más que la costurera hizo trampa y cuando me lo entregó me di cuenta de que no lo había hecho con la seda finísima que compré. Le reclamé y entonces confesó que la tela se había manchado al caerle encima barniz de uñas de color rojo. ¡Hubo que hacer mi tercer vestido de novia sin que yo me hubiera casado ni una vez!

Durante la boda te desagradó que Paco no me levantara la falda para quitar de mi pierna la liga de encaje y aventársela a sus amigos solteros al mismo tiempo que yo les echaba el ramo de novia a mis amigas solteras. Pero es que no había amigos, él no los había invitado al festejo y yo menos, nunca tuve amigas ni solteras ni casadas, de modo que los que vinieron fueron nuestros parientes y los muchos conocidos de papá.

El peor momento fue cuando don Lacho se hizo de palabras con el gobernador, que pruebe usted esta carne magnífica, es de nuestro mejor ganado, que no muchas gracias, soy vegetariano, pero usted no puede hacerle ese desaire a mi compadre, no es un desaire, con todo respeto pero yo no como animal, total que terminaron sacando las pistolas, mientras las señoras gritaban, la nana se persignaba y tú arremetías contra ellos diciendo que siempre habías sabido que eran gente de baja ralea y que por eso no habías querido emparentar con ellos. Tu sangre fría evitó que se derramara la sangre de verdad.

Pero que no pudiera tomarse ni unos días para la luna de miel te disgustó no solo a ti sino también a papá. De eso me di cuenta por la mueca que hizo cuando Paco se lo dijo, pero luego ya conmigo cambió y se puso a decir que la gente que trabaja en serio no se anda con babosadas de lunas de miel. Y dijo: Ya tendrás tiempo para pasear.

Pensando en todo eso me quedé dormida. Y para cuando abrí los ojos ya la luz entraba de lleno a la habita-

ción, pues las cortinas se habían quedado corridas. Hacía mucho calor y yo sudaba, enredada en los metros y metros de seda y tul.

Paco no estaba en la cama. En su lugar había una nota: Buenos días muñequita. Tuve que salir a trabajar. Volveré por ti a las ocho en punto para la cena de gala con el cuerpo diplomático. Muchos besos.

De modo que se había ido y ahora yo tendría que pasar el día con el vestido de novia, porque no era cosa de arriesgar la mala suerte quitándomelo sola, tu marido es el que debe hacerte mujer, me habían repetido hasta el cansancio la abuela y la nana, y siempre agregaban: Acuérdate de cómo le fue a Paquita, que a media fiesta decidió ponerse unos pantalones, no vayas tú también a llamar al infortunio.

Así que no me quedó más remedio que ponerle al mal tiempo buena cara: me metí al baño, abrí la llave del agua caliente y cuando el cuarto se llenó de vapor estiré el vestido con las palmas de las manos para quitarle las arrugas. Después me refresqué la cara y los brazos y salí a conocer mi nueva casa, que Paco había elegido, arreglado y acomodado a su gusto. Recorrí los amplios cuartos, abrí los cajones, aprendí dónde se guardaban las toallas y los cubiertos, el café y la sal, los discos, las pantuflas. Y encontré el espacio que había dejado para mi ropa, que en ese momento saqué de la maleta y acomodé. En los cajones puse la hermosa lencería hecha a mano por mi abuela, toda de encaje, y en los ganchos colgué los vestidos de colores muy claros y el abrigo muy grueso porque según decían, en la capital nunca se sabe.

Cuando esa noche Paco vino a buscarme, ni cuenta se dio de que el vestido era el de novia. Entró a la casa y me vio con el cabello arreglado, el maquillaje fresco y el velo enrollado alrededor de los hombros a modo de rebozo y lo que dijo fue: Ya te gustó vestirse de blanco.

 Separador

La velada a la que me llevó trascurrió sin incidentes, aunque las mujeres me miraban extrañadas por tanta perla, encaje y tul que no venían al caso. En lo que a mí se refiere, me aburrí mucho, porque me sentaron junto al Nuncio Apostólico, que se puso a disertar para la esposa del embajador chino, que no entendía una palabra de español pero todo el tiempo sonreía y decía que sí con la cabeza, sobre los horrores de la educación laica y durante las tres horas que duró el convivio jamás cerró la boca. Yo mientras tanto, observé que igual que el día de la boda, Paco bebía más de la cuenta.

Y en efecto, para cuando volvimos a casa, el hombre cayó en un sueño profundo antes de darme siquiera las buenas noches. Traté de despertarlo hablándole suavemente al oído, acariciándole el cabello con dulzura y hasta zarandeándolo, pero fue inútil. Tuve que resignarme a pasar otra noche enfundada en aquellos metros y metros de tela mientras el ser destinado a hacerme mujer roncaba plácidamente a mi lado.

Debo haberme dormido yo también, porque cuando abrí los ojos la luz que se colaba por las ventanas era intensa. Y otra vez, en lugar de encontrar a mi marido, lo que había era una nota que me daba los buenos días y me avisaba que pasaría a recogerme a las ocho de la noche en punto para un concierto en el gran salón de la cancillería.

Por un momento sentí gran desesperación y estaba a punto de soltarme a llorar cuando recordé las palabras de la abuela: Nunca se debe empezar algo en la vida derramando lágrimas porque eso quiere decir que terminará igual. Así que resignada, pasé otra vez una buena parte del día desarrugando mi vestido con el vapor del baño y el resto sentada en el balcón mirando las azoteas vecinas donde había gran trajín de señoras que lavaban ropa y la

tendían al sol. Hacia el medio día, la esposa del portero me preparó algo de comer.

Cuando pasó a buscarme, mi marido me soltó distraído una frase: Por lo visto el blanco es tu color favorito, siempre te vistes igual. Y otra vez las señoras me miraron sorprendidas por tantos tules, perlas y encajes. Pero yo me olvidé de ellas y hasta de mí misma, cuando empezó aquella música hermosa interpretada por un joven de largos cabellos que hacía correr sus manos por el teclado arrancándole las notas más sublimes, ¡una música que penetraba en el alma!

En el intermedio, mientras Paco saludaba a sus muchos conocidos y bebía una copa tras otra, yo fui presentada al talentoso pianista cuyos ojos ardientes se clavaron en mí hasta obligarme a bajar la mirada.

Por supuesto, esa noche sucedió lo mismo que las anteriores: mi cónyuge se quedó profundamente dormido a pesar de que esta vez yo ni siquiera entré al baño sino directamente me tendí en la cama junto a él. Pero ya no sufrí, pues pasé el tiempo recordando la música maravillosa y al joven apasionado que la tocaba.

Al amanecer encontré la consabida nota y como los días anteriores, me encerré en el baño para refrescarme y arreglar el vestido. En esas estaba cuando tocaron a la puerta y me entregaron un enorme ramo de flores con una tarjeta: Querida mía, anoche era usted la más hermosa, parecía una novia con aquel vestido. ¿Me honraría con una visita hoy que es mi último día en la ciudad? Si así fuera, me haría el hombre más feliz del universo. La espero a las cuatro en punto en la habitación 318 del Gran Hotel Bristol, calle de Londres número 38. Suyo siempre, Sebastián Limancia.

Mi corazón empezó a latir con fuerza, sentía la sangre subirme hasta la cara. Las horas se me fueron dándole vueltas al asunto pero hacia el medio día había tomado una decisión.



Necesito salir de aquí le dije a la portera, tengo una cita muy importante. La buena mujer me miró sorprendida, a dónde podía yo ir en pleno día y así vestida. Y le pedí también que me entregara el dinero que Paco le había dejado para mi comida, lo cual también le pareció raro, pero obedeció.

Subida en un auto que ella consiguió, vi por primera vez la ciudad a la que me habían traído a vivir y de la que había oído decir que era muy grande y muy peligrosa. Me impresionó que por todas partes salían montones de vehículos y de gente. El hotel es muy cerca de aquí dijo el que manejaba, hasta podría irse a pie y llegar más rápido, solo que con ese vestido sería difícil.

Mientras esperábamos detenidos en una esquina, vi que de los postes de luz colgaban enormes letreros que decían: Bienvenida Susan. Sentí entonces un gran amor por mi marido, que me había preparado tan hermoso recibimiento, sin que yo me hubiera dado cuenta porque solo había visto fugazmente y de noche la ciudad. Y me conmovió que me llamara en inglés, como le gustaba hacerlo por aquello de que era diplomático. ¡Cómo me arrepentí de aceptar la invitación del pianista! así que le pedí al chofer que me llevara de vuelta a casa.

Cuando el hombre maniobraba para regresar, le pregunté si podría detenerse un momento para llevarme uno de esos hermosos letreros de recuerdo. Amable, se bajó y lo arrancó para mí. Y fue cuando lo tuve en mis manos que vi las letras pequeñas: tidad Juan Pablo II. México lo recibe con cariño.



Faltaban tres minutos para las cuatro cuando tímidamente toqué la puerta de la habitación número 318 del

Gran Hotel Bristol. El pianista me esperaba enfundado en una bata de terciopelo verde oscuro y con una copa en la mano, cuyo contenido me obligó a beber de un trago. Qué hermoso detalle de tu parte venir con el mismo vestido con el que te conocí dijo. Y dijo: Sabía que eras romántica, lo vi en tus ojos anoche. Y sin más trámite, me empezó a besar las mejillas y las manos. Lo que sucede, expliqué yo mientras él se afanaba, es que me casé hace cuatro días y mi marido todavía no me ha hecho su mujer. Y yo no lo puedo hacer sola porque eso significaría atraer la mala suerte para siempre jamás. Por eso he venido, para que usted me quite este vestido que ya no soporto, pues según entendí, a fuerza tiene que ser un hombre el que lo haga.

La noticia de que le tendrían que cortar los dedos de la mano derecha y que nunca más podría volver a tocar el piano le habría impactado menos. Empezó a balbucear en contra de las supersticiones, de las mujeres estúpidas y de los maridos cornudos. Soy el pianista más grande del universo y el segundo mejor de la historia de la humanidad decía, no es posible que me sucedan estas cosas.

Y sin más, me echó del lugar.

 Separador

Una semana después, seguía yo con el vestido de novia. Ya hasta me había acostumbrado a él. Todas las noches mi marido caía dormido como un tronco y todas las mañanas se iba muy temprano dejando la nota. Y yo repetía cada día el rito de llenar el baño con vapor para planchar los tules y sedas y con agua fría refrescarme la cara, aunque ya a estas alturas todo el cuerpo me picaba y las orillas de la falda estaban grises. Por las tardes, después de que la portera me servía de comer, me sentaba en el balcón para ver las azoteas vecinas y el trajín de los de-